

PETRA HŮLOVÁ

El Movimiento



El Movimiento

Petra Hůlová

El Movimiento

Traducción de Kepa Uharte

COLECCIÓN
LITERADURA



Primera edición: julio de 2023

Título original: *Stručné dějiny Hnutí* (2018)

© Petra Hůlová, 2018, 2023

© de la traducción: Kepa Uharte, 2023

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2023

c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

Esta obra ha sido negociada a través de la editorial Argo (www.argo.cz)



*Este libro se ha beneficiado de una ayuda
del Ministerio de Cultura de la República Checa*

IBIC: FA

ISBN: 978-84-126587-8-1

Dep. Legal: M-19787-2023

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Women in Green*, Editorial Funambulista, 2023

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El Movimiento

Gracias a Libuše Bělunková, Kamila Polívková y Tereza Stockelová por las valiosas observaciones sobre la primera o la segunda versión del manuscrito.

«Debe de estar seriamente destrozada, pensé, y ya en el momento en que se cerraba detrás de nosotros la puerta del ascensor supe que no habría nada, no tenía ningunas ganas de verla desnuda, preferiría evitarlo, y sin embargo sucedió y con eso solo se confirmó lo que ya intuía: no solo se había desgastado en el terreno emocional, también su cuerpo había sufrido daños irreparables, sus pechos y su culo solo eran pedazos de carne demacrados, blandos, flácidos, colgantes, ya no podría ser ni se convertiría jamás en objeto del deseo».

Michel Houellebecq: *Sumisión*, Flammarion 2015
(traducción de Max Lacruz)

TENÍA UNA MALETA, nada más. La vieja maleta con ruedas de mi madre con la que voló en sus viajes de negocios por el Mundo Antigo hasta que se lo prohibió el médico por sus varices.

Hacía un calor sofocante, finales de julio, esa semana se batieron récords. Me había dejado la botella de agua en el autobús que me trajo desde casa a la ciudad más cercana a la Institución, porque en la nuestra solo hay una oficina de reclutamiento.

La trabajadora de la oficina me dijo sobre la Institución: se trata de una vieja planta procesadora de carne, y su objetivo es un trabajo continuo y por así decirlo «sutil». La Institución tiene tal aforo, un *think tank* propio y, gracias al apoyo de las donantes, se puede concentrar en su objetivo sin ningún tipo de cortapisas.

Por supuesto, ya había oído hablar de las Instituciones antes y, entre los detalles que me dio la trabajadora del reclutamiento, fue decisivo la capacidad de alojamiento para los trabajadores forasteros.

Cuando se lo anuncié a mi madre, se mostró entusiasmada.

—Vive tu sueño y nunca aflojes —dijo cuando agarré la horrorosa maleta y estaba casi a punto de salir. Era un eslogan de una campaña del Movimiento que hoy en día nadie recuerda, y ya entonces a mi madre y a mí nos pareció un poco tonto. Porque está por definir lo que significa «no aflojes», y los fines del Movimiento estaban lejos de poderse presentarse como una rama de algún tipo de feminazismo caprichoso de unas autoproclamadas princesas; aún menos motivo había para que el Movimiento lo hiciera en su propia campaña de publicidad.

Los dormitorios de los clientes están a oscuras. Se apaga la luz a las diez y media, ellos mismos decidieron el toque de silencio, apenas tuvieron que presentarlo a la Comisión para su aprobación. Pocas veces se les desatiende, y ahora recuerdo un solo caso concreto en los últimos tiempos, la reiterada petición de instalar espejos en la Institución. Entonces la Comisión reaccionó a la solicitud de este modo: «Somos nuestros espejos mutuos, y no solo las mujeres de los hombres y viceversa, sino también los hombres dentro su propio sexo».

La solicitud de los espejos fue rechazada. Al fin y al cabo, a la manera típica del Mundo Antiguo, vuelven del revés la premisa elemental de «mirar el mundo y hacia el mundo», convirtiéndola en un «mirarse a uno mismo con el fin de corregir lo exterior, de manera que uno mismo se ofrece como objeto de consumo visual, y con ello el ser se convierte en un objeto encumbrado cuya fachada oculta el propio ser». Recuerdo que la decisión de la Comisión me pareció entonces un poco exagerada, pero hoy la entiendo y la apruebo totalmente. Porque la fortaleza más inexpugnable del Mundo Antiguo es el Mundo Antiguo que hay dentro de nosotros. Mientras que las luchas del Movimiento en los campos de batalla del mundo (al menos en nuestras latitudes geográficas) ya han sido ganadas en su mayoría, las batallas contra los modelos habituales de nuestro propio razonamiento tienen lugar detrás de las cortinas y cuando estas se cierran.

El grupo de clientes que solicitaban los espejos hizo oír, como una débil objeción, un «no queremos ir por la Institución con la boca llena de pasta de dientes». La pelota se la pusieron en bandeja de plata a la Institución, que contestó que les preguntaran a sus colegas de habitación por la pasta de dientes en la boca; y cuando un cliente devolvió la pelota diciendo «aquí no tengo amigos», la rápida respuesta fue: «pregúntaselo pues a las guardianas.» Y no puedo evitar reírme, porque en todos estos años nunca nadie me ha

preguntado si tiene pasta de dientes en la boca, así que me encanta contarles esta anécdota a las novicias, a quienes de vez en cuando les hago de tutora en la Institución. Todo esto para ilustrar que aquí no solo los clientes crecen espiritualmente, sino también lo hace el personal. Y es que yo entonces tuve dudas sobre la decisión de la Comisión, pero estas se han desvanecido mil veces.

Si lo hubiera intuido durante el agotador viaje con la maleta de ruedas que traqueteaba horriblemente, podría haberme ahorrado un par de lecciones nada más empezar mi servicio, que me había imaginado más bien como un trabajo de guardiana de las películas del Mundo Antiguo, es decir, echar un vistazo a una celda por la mirilla y cosas parecidas.

Para ser sincera, ya hace tantos años de aquello que apenas recuerdo lo que pensaba sobre mi futuro trabajo pero sí con intensidad la sed durante el viaje. La carretera a la Institución, desde la última parada del autobús municipal, era de aquellas que tienen en el arcén un cartel de «Camino cerrado en caso de hielo», aunque no tenga ninguna barrera de cierre, pues así era todo en el Mundo Antiguo. Las mentiras se basaban en mentiras que se basaban en más mentiras, y ese entorno poco ético para la educación de las niñas aguantó tantísimo tiempo, entre otras cosas, por la típica idiotez humana.

Mientras me acercaba a la Institución, se me empañó la vista y poco faltó para que considerara un espejismo el espléndido edificio subdividido en varias alas y rodeado por un grueso muro. Además, estaba yo completamente cubierta de polvo, porque a cada momento pasaba a mi lado un coche, en uno u otro sentido. Me sorprendió lo animado del tráfico en la carretera, que parecía un camino en mitad del campo, pero si me hubiera puesto a pensar solo un poco lo habría entendido enseguida. ¿Cómo si no habrían llegado los clientes a la Institución? La línea de autobús se acababa donde yo me había bajado, y no todos podían permitirse un taxi, que además era una opción solo si el cliente vivía en la ciudad vecina a la Institución. Sin embargo, la mayoría de los clientes era y es de otros lugares. Lugares donde no hay ninguna Institución. O escogieron la nuestra a propósito por su reputación, por el plazo de espera breve (gracias a su tamaño, a diferencia de muchas Instituciones menores, casi siempre se puede ingresar de inmediato), y por sus excelentes resultados (la duración de la terapia no suele exceder los dieciocho meses). El Movimiento nunca jugó al proselitismo, la libertad de decidir uno mismo el lugar del tratamiento es una máxima ética, y a veces también lo deciden las esposas, ya sea a partir de la sugerencia de un conocido, ya sea por una visita personal (los días de puertas abiertas al público, hoy igual que entonces, son cada primer y segundo miércoles

del mes). Las mujeres que vienen a convencerse con sus propios ojos de la eficacia del centro son, por otra parte, la mejor garantía de una sanación completa en el propio hogar.

Entonces, obviamente, yo no sabía nada de todo esto. Atribuí el tráfico de los coches a algún desvío misterioso, y lo único que me daba vueltas en la cabeza era por qué todos esos automóviles que se dirigían a la Institución eran conducidos por mujeres, mientras que en los asientos traseros no solo se sentaban únicamente hombres, sino que la mayoría de ellos iban dormidos o parecían aturridos. Si alguien me hubiera dicho que era porque estaban bajo el efecto de unas pastillas, seguramente me habría asustado un poco. Y ello a pesar de que se sabía que a veces el trato con los hombres antes de la entrada en la Institución es difícil, especialmente con aquellos en cuyo círculo más estrecho de amigos ninguno hubiera pasado aún por la terapia. Tenían unos temores infundados de represalias. Con ese tipo de cosas les engañaba una y otra vez la Guardia de la Hombría, que alertaba de que un hombre en su sano juicio no debía empezar de ningún modo el tratamiento. Por esta razón tienen que hacer sus batidas nuestras lecheras, que fueron lo primero que vi en la planta procesadora de carne, antes de que su majestuosidad me dejara sin aliento.

Las lecheras siempre aparcan frente a la planta procesadora de carne, aunque el aparcamiento especial que se habi-

litó para ellas ya no esté ni de lejos tan lleno como cuando empecé. Y tiene su lógica, porque las lecheras van a buscar a los hombres que eluden la terapia, y cada vez su número es menor. Hoy en día prevalece el ingreso voluntario sobre el forzoso (¿cómo no considerar esto precisamente una victoria nuestra?), y una gran cantidad de hombres tiene ganas de ir a la Institución porque consideran que así descansarán. Dejamos que se lo crean, ellos mismos ya se darán cuenta de que es lo contrario. Por otra parte, no nos anunciamos como servicios de balneario en ninguna parte. Quizá no lo digamos todo, pero no se nos puede acusar de mentir; y del resto se ocupan nuestras abogadas. Además, qué mayor alivio hay que poder liberar tu mente de gilipolleces. Así que, de hecho, tienen razón con lo del descanso.

Las preguntas que la gente hace con mayor frecuencia en los días de puertas abiertas, como es comprensible, tienen que ver con el proceso terapéutico. Cuando llamé a la ventanilla de la portera, yo también estaba pensando en ello. En la historia del ser humano ya han fallado tantas veces las palancas de transmisión entre los ideales y su realización que la Guardia de la Hombría estaría como un cencerro si no usara precisamente esto contra nosotras, y lo repitiera hasta el agotamiento, aduciendo el colapso histórico del comunismo y de todos los demás ismos posibles, y que, presuntamente igual que el Movimiento, sedujeron con ideas hermosas

pero acabaron en terror, caos, descenso del nivel de vida y, finalmente, la degeneración del propio ideal, que se iba muriendo por falta de credibilidad. El Movimiento celebró la intimidación de nuestros enemigos como un éxito, porque admitir que nuestro fundamento era una «idea hermosa» fue un avance capital respecto a la etiqueta de movimiento extremista que nos endilgaron en la época posterior a la detonación de los explosivos en el sótano del ministerio del Interior, hecho que catapultó al Movimiento. Pasó de ser un hatajo de gentuza rara, de «mujeres mal folladas», a estar en el centro de los acontecimientos públicos, y propinando al discurso del Mundo Antiguo una bofetada sobre la que hoy se escriben tesis doctorales. La denuncia de una debacle inevitable si nuestros ideales eran llevados a la práctica fue una maniobra que marcó cierto repliegue. Y es que ya entonces no se podía obviar al Movimiento, teniendo en cuenta su fuerza. Puedes llamar raro a un tercio de la población, pero habrá otro que aprovechará el capital político que se desprenda de ello, y la guerra civil estará solo a un paso, con un país sembrado de hogueras y manifestaciones. Nadie quería una guerra. Y hacer malabarismos discursivos para que el sistema continuara sin cambios, a cualquiera con sentido común le pareció al final más complicado que el consabido «salto al vacío» sobre el que advertían cuando hablaban de la consecución de nuestros ideales.

Me asignaron una oficina, una unidad de alojamiento y el código numérico que permite la entrada a los espacios inaccesibles, tanto para los clientes como para los trabajadores de las otras secciones, exceptuando a las jefas de sección correspondientes. Me informaron del reglamento interno, recogí la ropa de trabajo, me enseñaron la cantina, los almacenes, los dormitorios de algunos clientes, y me presentaron a algunos clientes personalmente (tanto hombres que reaccionaban con viveza como otros que eran auténticas ruinas: no hubo ninguna preselección, estilo relaciones públicas). Mi jefa de sección al final me dedicó dos horas de su preciado tiempo. Sí, el Movimiento valora a sus trabajadores; y el enfoque individual funciona también en la relación con los clientes. Somos seres únicos, y como tales se nos debe tratar a todos.

—El discurso se mantiene, con uñas y dientes, mientras no resulte superficial. Vuelve como un bumerang y te arrancará la cabeza, y se trata de usar su fuerza contra ellos mismos —me dijo mi jefa de sección de entonces, una cincuentona rechoncha que parecía la gerente de una tienda de embutidos, pero que en realidad se había sacado un título de Oxford a distancia. La apariencia en sí misma no significa nada, igual que la jerarquía según el nivel educativo y la profesión. Mi actual jefa en algún momento fue realmente vendedora de embutidos, y para las novicias de la Institución

es un enorme gancho el hecho de que aquí no existan los techos de cristal, algo que confirmo por propia experiencia. Tuve a mi tutora a mano las doce semanas de la llamada formación, y me acuerdo de ella a menudo, ahora que soy yo quien hace eso mismo con las novicias, que cada vez más a menudo son hombres.

Los clientes y yo estamos sentados en círculo en el edificio D. Entra esto en mi ámbito laboral y directamente bajo la dirección de la filial regional del Movimiento. Los edificios con finalidades especiales ocupan las vistas que tengo desde mi despacho. Antes de que se asentaran en ellos los edificios Idea y Obra, era el complejo industrial de una planta procesadora de carne. Y el Movimiento hizo que la Idea se transformara en Obra.

Mientras hablo a mis clientes de la niña pequeña llamada Rita, bastantes de ellos miran ausentes a la pared o hacia las ventanas con vistas al patio, donde acaban de plantarse unos cerezos ornamentales (por el zumbido de las abejas, ni yo identificaría que son artificiales, igual que los propios cerezos).

Suelo empezar de esta manera:

—Rita solo dio muestras de una alta sensibilidad frente a las injusticias del mundo que la rodeaba...

Y para que los clientes digieran bien este inicio, les hablo precisamente de ello. De cómo la pequeña Rita, junto

a su madre, iba por la avenida de una metrópolis europea donde empieza nuestra historia, y que, como era típico en el Mundo Antiguo, estaba bordeada por repugnantes vallas publicitarias. Y Rita levantó la mano hacia una de ellas y le hizo a su madre la pregunta que, en el Mundo Antiguo, tarde o temprano se hacían todas las niñas, y es que entonces no existía un entorno ético para su educación, precisamente porque esa pregunta podía surgir. Una pregunta que no se le habría tenido que ocurrir a ninguna niña, y no porque no pudiera reflexionar de manera autónoma, sino porque no habría encontrado un motivo para hacérsela. Y no tiene ninguna importancia si la niña formulaba la pregunta en voz alta o si, presintiendo una respuesta horrible, esta se quedaba sin expresar y lentamente hacía su trabajo en la cabeza de la chiquilla.

Un entorno ético para el desarrollo de las niñas pequeñas significa que se entiendan a sí mismas como alguien que mira, y de ningún modo como alguien que *es mirado*. Las niñas pequeñas tienen que mirar, y no mirarse a sí mismas. Como cuando alguien las mira a ellas y a sus madres; e igual que sus madres, a menudo, más que en la mirada al exterior, se concentran en si están lo suficientemente *sexis*. Y las niñas pequeñas del Mundo Antiguo, antes de acostumbrarse a esto, se quedaban aturdidas, incluso antes de olvidarse del aturdimiento que les producía el terror hacia su propio sexo.

A esto se le llama aceptar la situación tal como es y por su propio bien. Ese propio bien que supone pavimentar el camino hacia su propio infierno, dicho de un modo que lo entienda absolutamente cualquiera.

Se decía (entre bastidores, por supuesto): desde los veinte años, tu valor como ser desciende un punto por hora. Te enterarás de la cuota total en el momento en que el gong anuncie: «Cara y silueta en liquidación». Esto significa que el nivel de feminidad ha caído hasta un valor cercano al cero (las empresas farmacéuticas revelaron altísimos beneficios por la venta de pastillas de estrógenos en la época en que el Movimiento celebraba sus primeros y tímidos éxitos). Las mujeres del Mundo Antiguo solían ser capaces de identificar una cara horrorosa años antes de que el cuerpo a duras penas aguantara con medias reforzadas por una triple capa de licra. Pero ya nadie consideraba valiosa la cara, y un par de estudios de la época anterior al Movimiento analizaron lo que pasaba con la mujer que perdía su feminidad. Nadie entonces era capaz de describirlo sin aludir al encanto, y la definición de encanto dejaba de tener sentido tan pronto se acababa la juventud. Sin duda, algunas mujeres tenaces declaraban que seguían *sintiéndose* jóvenes, y una parte de la propaganda mediática se lo confirmaba (las trabajadoras depresivas son menos eficaces), pero la industria cosmética y la cirugía estética acuñaron la tesis de que «sentirse no es suficiente».

Hacia falta ocultar la edad de las mujeres lo mejor posible, y no solo porque el pene no mostraría ninguna erección ante las vaginas de las mujeres que envejecían sin ocultarlo, sino porque todo eso estaba fatalmente relacionado con el amor.

La época, en definitiva, no solo estaba madura para el cambio, sino que lo reclamaba a la desesperada. Aunque algunos afirmasen que todo era una desviación hormonal provocada por la contaminación del entorno natural. El deseo sexual de las mujeres viejas, por lo visto, no era tan intenso como antes (según las ideólogas del Movimiento, «solo es que no se habla» de él). Un deseo al que, según el Mundo Antiguo, las mujeres a partir de cierta edad tenían que renunciar, pues se consideraba ridícula y molesta la ambición de querer atraer a alguien. En el Mundo Antiguo, la única circunstancia atenuante era lucir un aspecto engañoso. Las mujeres mentían para asegurarse el derecho al amor. Sí, la época era así de desesperada.

Fue necesario orientarse sobre la marcha, y durante milenios enteros «todo esto se lo pasaban por el forro»; y sí, también nos reprocharon que éramos vulgares. A «nosotras», porque yo asumo la Idea. En esa época yo era una niña pequeña.

Mis sensaciones durante mis años de infancia eran parecidas a las que tuve una vez cuando, desconcertadas, mi madre y yo nos perdimos por unas carreteras comarcales